

## VUELTA A BERUT,

Y PARTIDA PARA LOS CEDROS DE SALOMON.

10 de Abril, 1833.

Ayer llegamos aquí. Pasamos dos horas en el convento franciscano, junto á la sepultura donde he enterrado todo mi porvenir. El bergantin el *Alceste*, que debe llevar á Francia estas queridas reliquias, no ha llegado aun hoy he fletado otro bergantin para nosotros. ¡Navegarémos de conserva, para la madre, á lo menos, no se hallará en la estancia en que se vaya el cuerpo de su hija! Mientras disponen lo necesario para el transporte de tan gran número de pasajeros al bergantin del capitán Coulonne, irémos á visitar el Kesroan, Trípoli de Siria, Latakié, Antioquía y los cedros del Líbano, en las últimas cumbres de las montañas, detras de Trípoli. He recibido esta mañana las numerosas visitas de todos nuestros amigos de Berut. El gobernador, príncipe maronita; Habib-Bárbara, nuestro vecino de campo, que nos ha

mostrado desde nuestra llegada, y sobre todo desde nuestra desgracia, el corazón de un verdadero amigo; el señor Bianco, el cónsul de Cerdeña, y el señor Borda, jóven y amable piemontés, agregado al consulado religioso, por una suerte estraña, en los desiertos del Oriente, mientras que su instruccion, sus gustos, su carácter, harian de él un diplomático distinguido en una corte de Europa; el señor Laurella, cónsul de Austria; M. Fanen, cónsul-general, y M. Abbot, cónsul especial de Inglaterra en Siria; un jóven comerciante frances, M. Humann, cuya sociedad nos ha sido tan útil como agradable desde que llegamos aquí; M. Caillé, viagero frances, M. Jorelle, primer dragoman del consulado, mozo criado en Francia, trasladado en su niñez á Oriente, que posee las lenguas de la Turquía y la Arabia como sus lenguas maternas; honrado, activo, inteligente, servicial por instinto; en fin, M. Guys, cónsul de Francia en Siria, respetable representante de la probidad nacional en estos países, donde su carácter es venerado por los árabes, pero recién llegado aquí, y á quien hemos visto mucho menos que á sus colegas.

Todas estas personas nos dejan escelentes y queridos recuerdos. Sin la carta que recibí ayer, sin mi anciano padre cuya memoria me llama sin cesar á Francia, si tuviera que elegir un destierro

para acabar en él mis cansados días, en el seno de la soledad y de la naturaleza encantada, me quedaria donde estoy.

11 de Abril, 1833.

Sali esta mañana á las cuatro con la misma caravana que formé para Damasco; seguimos la orilla del mar hasta el cabo Batrun, sitios que ya he descrito;—hacemos noche en Djbail, en un kan fuera de la ciudad, sobre una eminencia que domina el mar. La ciudad no es notable mas que por una mezquita de arquitectura cristiana, que fué en otro tiempo una iglesia construida verosíblemente por los condes de Trípoli. Se cree que Djbail es el antiguo pais de los Gíblitas, que suministraban al rey Biram las grandes piedras destinadas para la construccion del templo de Salomon. El padre de Adonis tenia allí su palacio, y el culto del hijo era el culto de toda la Siria circunvecina. A la izquierda de la ciudad hay un castillo notable por la elegancia y elevacion de sus diferentes planos de fortificacion.

Bajamos á la ciudad por ver el pequeño puerto donde se mecian algunas barcas árabes: la habitan casi esclusivamente los maronitas. Una muger árabe hermosísima, ricamente ataviada, vino á vi-

sitar á mí muger, y le hicimos algunos regalillos. Al dia siguiente, continuamos costeano la playa y el pié de las montañas del Castravan, bañado todo por el mar; dormimos bajo nuestras tiendas, en un sitio admirable, á la entrada del territorio de Trípoli; el camino se separa de la costa y tuerce bruscamente á la derecha; intérnase en un angosto valle regado por un arroyo á cosa de una legua del mar, el valle se estrecha enteramente, y lo cierra del todo un peñasco de cien pies de elevacion y de quinientos á seiscientos de circunferencia; este peñasco, natural ó tallado fuera de las laderas de la montaña que le toca, sostiene en su cima un casti lo gótico perfectamente conservado, habitacion de los chacales y de las águilas; escaleras labradas en la peña viva se elevan á terrados sucesivos, cubiertos de torres y de muros almenados, hasta la meseta superior, de donde se lanza un torreón con ventanas de arco diagonal; por todas partes se ha apoderado la vegetacion del castillo, de los muros, de las almenas; inmensos sicomoros han echado raiz en las salas y lanzan sus anchas copas por cima de los techos desmoronados; las enredaderas cayendo en enormes ramales, las yedras asidas á las ventanas y á las puertas, los líquenes que por do quiera revelan la piedra, dan á ese hermoso monumento de la edad media la apariencia de un castillo de musgo y de yedra; una hermosa fuente corre al pié del peñasco, sombreada por tres de los mas her-

mosos árboles que pueden verse, y que son unas especies de olmos; la sombra de uno sólo cubria nuestras tiendas, nuestros treinta caballos y todos los grupos diseminados de nuestros árabes.

Al dia siguiente, subimos una rápida cuesta de un terreno blanco y jabonoso, donde apenas podian tenerse los caballos; desde la cima, se disfrutó una vista sin límites de todo el litoral occidental de la Siria hasta el golfo de Alejandreta y el monte Tauro, y un poco á la derecha, de las llanuras de Alepo y de las colinas de Antioquía, con la corriente del Oronte; tres horas de marcha nos llevan á las puertas de Trípoli, donde nos esperaban, y á una legua de la ciudad encontramos una cabalgata de jóvenes comerciantes francos, de diferentes naciones, y de algunos oficiales del ejército de Ibrahim que salian á recibirnos. El hijo de M. Lombard, comerciante francés, establecido en Trípoli, nos ofreció la hospitalidad en nombre de su padre; —temimos serle molestos y fuimos al convento de los padres franciscanos; un solo religioso habitaba aquella inmensa casa, y nos recibió en ella.

Pasamos dos dias en Trípoli; —comemos en casa de M. Lombard; —satisfaccion de hallar una familia francesa donde todo compatriota es recibido como un hijo; —por la noche, pasamos una hora en la casa de los señores Katchiffse, comerciantes griegos y cónsules de Rusia, familia establecida

desde tiempo inmemorial en Trípoli de Siria, donde posee un magnífico palacio. Las señoras Katchisse, madre é hijas, son las tres mugeres mas célebres de Siria por su hermosura y buen trato, ~~mazela~~ *picante* de la circunspeccion asiática con el gracioso donaire de las griegas y la perfecta finura de las mas elegantes europeas; nos recibieron en un espacioso salon abovedado, alumbrado por una cúpula y refrescado por una fuente; estaban sentadas en un divan semi-circular que se estendia en el fondo de la sala; todo estaba cubierto de ricas alfombras, y estas cubiertas de narguilés, de pipas, de jarros de flores y de sorbetes; aquellas tres mugeres, vestidas á la manera oriental ofrecian, cada cual en su carácter de belleza, el mas admirable conjunto que puede contemplar un hombre; pasamos una noche deliciosa con su conversacion, y nos propusimos volverlas á ver á nuestro regreso.

El jeque de Eden, último pueblo habitado en la cima del Líbano, era tío, por su madre, de M. Mazoyer, mi intérprete. Prevenido por su sobrino de nuestra llegada á Trípoli, el venerable jeque bajó de la montaña con su hijo mayor y una parte de sus criados; fué á visitarme al convento de los franciscanos, y me ofreció la hospitalidad en su casa, en Eden. De Eden á los cedros de Salomon no habia mas que tres horas de marcha; y si las nieves que todavia cubrian la montaña nos lo permitian, podriamos desde allí ir á visitar aquellos

árboles seculares que han derramado su gloria sobre todo el Líbano y son contemporáneos del gran rey; aceptamos, y la partida se fijó para el día siguiente.

A las cinco de la mañana estábamos á caballo. La caravana, mas numerosa aún de lo ordinario, iba precedida del jeque de Eden, admirable anciano cuya elegancia de modales, noble y amena cortesía y magnífica vestimenta, estaban muy distantes de recordar un gefe árabe; parecia un patriarca, caminando al frente de su tribu;—montaba una yegua del desierto, cuyo pelo bayo-dorado y flotante crin le hubieran hecho digno palafren de un héroe de la *Jerusalén*; su hijo y sus principales servidores caracoleaban en magníficos potros á algunos pasos delante de él; luego seguíamos nosotros, y detras iba la larga hilera de nuestros camellos y de nuestros sais. La salida de Trípoli ofrece un admirable punto de vista; se siguen las orillas de un rio acanalado entre dos colinas; los mas hermosos árboles y bosques enteros de naranjos sombrean las márgenes del agua; un kiosko público, construido bajo aquellos árboles, ofrece su embalsamada azotea á los paseantes; allí se va á fumar y á tomar café para respirar la frescura del rio; desde aquella azotea se ve el mar, que está á media legua de la ciudad: las hermosas torres cuadradas, construidas por los árabes á ambos lados del puerto, y los numerosos buques que están en la rada; cruzamos una ancha llanura cultivada y plantada de oli-

vos; en el primer collado que se eleva de aquella llanura hácia el Líbano, en medio de un bosque de olivos y de árboles frutales de todas especies, encontramos una inmensa multitud de hombres, mugeres y niños que rodeaban el camino;—eran los vecinos de un gran pueblo esparcido bajo aquellos árboles y que pertenece al jeque de Eden: este pasa los veranos en Eden y los inviernos en este pueblo del llano;—aquellos árabes saludaron respetuosamente á su príncipe, nos ofrecieron refrescos, y algunos de ellos se pusieron en camino con nosotros para llevarnos terneras y carneros, y ayudarnos á pasar los precipicios de las montañas; luego por espacio de cuatro horas anduvimos, ya por profundos valles, ya por la cresta de montañas casi estériles; hicimos alto en la orilla de un torrente que baja de las cumbres del Eden, y que arrastraba pedazos de nieve medio derretida; al abrigo de un peñasco, el jeque nos habia hecho encender una gran lumbrada; almorzamos é hicimos descansar nuestros caballos en aquel sitio; la pendiente es luego tan rápida, sobre peñascos pelados y resbaladizos como mármol pulimentado, que es imposible comprender cómo los caballos árabes logran subirlas, y sobre todo, bajarlas: cuatro árabes á pie rodeaban á cada uno de los nuestros y los sostenian con la mano y los hombros: á pesar de esta asistencia, varios rodaron sobre el peñasco; pero sin que ocurriese accidente de gravedad: aquel horrible camino, ó mas

bien, aquella pared casi perpendicular nos condujo, al cabo de dos horas de afan, á una meseta de roca, desde donde tendimos la vista sobre un ancho valle interior y sobre la aldea de Eden, que está construida en su estremidad mas elevada y en la region de las nieves; no hay encima de Eden mas que una inmensa pirámide de roca pelada, que es el último diente de esta parte del Líbano; una capillita arruinada corona su cima, los vientos de invierno roen sin cesar este peñasco y desprenden de él enormes pedazos que ruedan hasta la aldea; todos los campos de las cercanías están salpicados de ellas, y aun rodean el castillo mismo del jeque; este castillo, al que nos acercábamos, es de una arquitectura completamente árabe; las ventanas son unos agimeses separados por elegantes columnillas; las azctecas, que sirven de tejados y de salones, están coronadas de almenas; la puerta abovedada está flanqueada de dos altos asientos de piedra cincelada, y las jambas mismas de la puerta están cubiertas de arabescos; el jeque se habia apeado el primero y nos esperaba á la puerta de su casa; el mas jóven de su hijos tenia un pebete de plata en la mano en el quemaba perfumes delante de nuestros caballos, mientras sus hermanos nos echaban esencias perfumadas en el pelo y en los vestidos; una magnífica comida nos esperaba en la sala donde ardian árboles enteros en el ancho hogar; los mas esquisitos vinos del Líbano y de Chipre y una

inmensa cantidad de caza componian aquel festin; nuestros árabes no se hallaban peor tratados en el patio. Por la noche recorrimos las cercanías del pueblo; todavía cubrian las nieves una parte de los campos: por todas partes vimos vestigios de un rico cultivo; el menor rincon de tierra vegetal entre las peñas tenia su cepa ó su nogal; innumerables fuentes corrian por todas partes bajo nuestros piés, y el agua iba á sus tierras por acequias artificiales; estas tierras en declive estaban sostenidas por terrados formados con inmensas piedras; veíamos un monasterio á nuestra izquierda, y numerosas aldeas, muy inmediatas unas á otras, en todas las laderas de los valles.

La misma fecha.

El jeque ha enviado tres árabes al camino de los cedros para saber si las nieves nos permiten llegar hasta estos árboles; los árabes, de vuelta, dicen, que el paso está intransitables; hay catorce pie de nieve en un angosro valle que es preciso atravesar para llegar á los árboles; á fin de acercarnos á ellos lo mas posible, suplico al jeque que me dé su hijo y algunos ginetes; dejo en Eden á mi muger y á mi caravana, monto el mas vigoroso de mis caballos, *Scham*, y nos ponemos en camino al

salir el sol;—caminamos tres horas por crostas de montañas ó por campos cubiertos de nieve derretida; llegõ á las orillas del valle de los Santos, profundo desfiladero metido entre peñascos, valle mas hondo, mas oscuro, mas solemne aún que el de ~~Ha-~~mana; en la cima de este valle, en el sitio en que, subiendo siempre, linda con las nieves, se halla una soberbia cascada que se derrumba de cien pies de altura sobre dos ó trescientas toesas de anchura; todo el valle retumba con el fragor de aquella cascada y del torrente que alimenta; por todas partes, el peñasco de las laderas de la montaña chorrea espuma; divisamos muy á lo lejos, en el fondo del valle, dos grandes pueblos cuyas casas se distinguan apenas de los peñascos arrastrados por el torrente; las cimas de los álamos y de las moreras parecen, desde allí, matas de juncos ó de yerbas; se baja á la aldea de Beschierai por unos senderos labrados en la roca, y tan rápidos que no se puede concebir como hay hombres que se aventuren en ellos; muchos perecen al bajarlos ó subirlos; una piedra lanzada de la cresta donde estamos caeria sobre un tejado de esos pueblos, adonde no llegaríamos en una hora de bajada; encima de la cascada y de las nieves se estienden inmensos campos de hielo que ondulan como vapores de una tinta ya verdosa, ya azul; á cosa de un cuarto de hora sobre la izquierda, en una especie de valle semi-circular, formado por las últimas grupas del Líbano, ve-

mos una gran mancha negra sobre la nieve formada por los famosos grupos de los cedros, que coronan, como una diadema, la fuente de la montaña, ellos ven el nacimiento de los numerosos y grandes valles que descienden de ella; el mar y el cielo son su horizonte. Lanzamos nuestros caballos á galope por la nieve para acercarnos lo mas posible al bosque, pero á los quinientos ó seicientos pasos de los árabes nos hundimos hasta la barriga de los caballos; reconocemos que tenian razon los árabes y que es fuerza renunciar á tocar con la mano aquellas reliquias de los siglos y de la naturaleza; nos apeamos y nos sentamos en una peña para contemplarlas.

Estos árboles son los monumentos naturales mas célebres del universo: la religion, la poesía y la historia los han consagrado igualmente. La Santa Escritura los celebra en varios pasages; son una de las imâgenes que los profetas emplean con predileccion. Salomon quiso consagrarlos al ornato del templo que erigió el primero al Dios único, sin duda á causa de la fama de magnificencia y santidad que ya en aquella época tenian esos prodigios de la vejetacion. Seguramente son estos, porque Ezequiel habla de los cedros del Eden como de los mas hermosos del Líbano. Los árabes de todas las sectas profesan á estos árboles una veneracion tradicional; les atribuyen, no solo una fuerza vegetativa que los hace vivir eternamente, mas tambien

una alma que les hace dar señales de sabiduría y de prevision, semejantes á las del instinto en los brutos y la inteligencia en los hombres. Conocen anticipadamente las estaciones, mueven sus grandes ramas como miembros, las elevan al cielo ó las inclinan á la tierra segun que va á nevar ó que va á derretirse la nieve. Son unos seres divinos con forma de árboles. Crecen en este solo punto del Líbano; echan raiz muy encima de la region donde espira toda gran vegetacion. Todo esto sorprende y cautiva la imaginacion de los pueblos de Oriente, y no sé si la misma ciencia no se pasmaria.

¡Ah! y entretanto, Basan languidece, el Carmelo y la flor del Líbano se marchitan.

Estos árboles disminuyen de siglo en siglo. Los viajeros contaron en otro tiempo treinta ó cuarenta de ellos, luego diez y siete, luego una docena.

En el dia no hay mas que siete, que por su corpulencia parecen contemporaneos de los tiempos bíblicos. Al rededor de estos añosos testigos de las pasadas edades que conocen la historia de la tierra mejor que la historia misma; que nos contarían, si pudieran hablar, tantos imperios destruidos, tantas religiones, tantas razas humanas desvanecidas, todavía queda un bosquecillo de cedros muy amarillos que, á lo que me pareció, formaban un grupo de cuatrocientos ó quinientos árboles ó arbustos. Todos los años, en el mes de Julio, las poblaciones de Beschierai, de Eden, de Kanobin y

de todas las aldeas de los vecinos valles, suben á los cedros y hacen celebrar una misa á sus pies. ¿Qué de oraciones no han resonado bajo estas ramas? ¿Y qué templo hay mas hermoso, qué altar mas vecino al cielo? ¿Qué dosel mas magestuoso y mas santo que la última meseta del Líbano, el tronco de los cedros y el cimborio de esas sagradas copas que han dado sombra y la dan todavía a tantas generaciones humanas, que pronuncian en distintas lenguas el nombre de Dios; pero que todas le reconocen en sus obras y le adoran en natural manifestaciones! Y yo tambien imploré al Señor en presencia de aquellos árboles. El armonioso viento que resonaba en sus sonoras ramas agitaba mis cabellos y helaba en mis párpados lágrimas de dolor y adoracion.

Volvimos á montar á caballo, anduvimos tres horas por las mesetas que señorean los valles del Kadisha; bajamos á Kanodin, el mas célebre monasterio maronita en el valle de los Santos.

Vista del monasterio de Deir-Serkis, abandonado ahora á uno ó dos solitarios. Bucharde, en 1810, halló en él un anciano ermitaño toscano que acababa allí sus dias despues de haber sido misionero en las Indias, en Egipto y en Persia.

Vista del monasterio de Kanobin desde lo alto de un pico que avanza sobre el valle como un promontorio. Entrego mi caballo á los árabes, y me tiendo al sol en una punta de peñasco desde donde